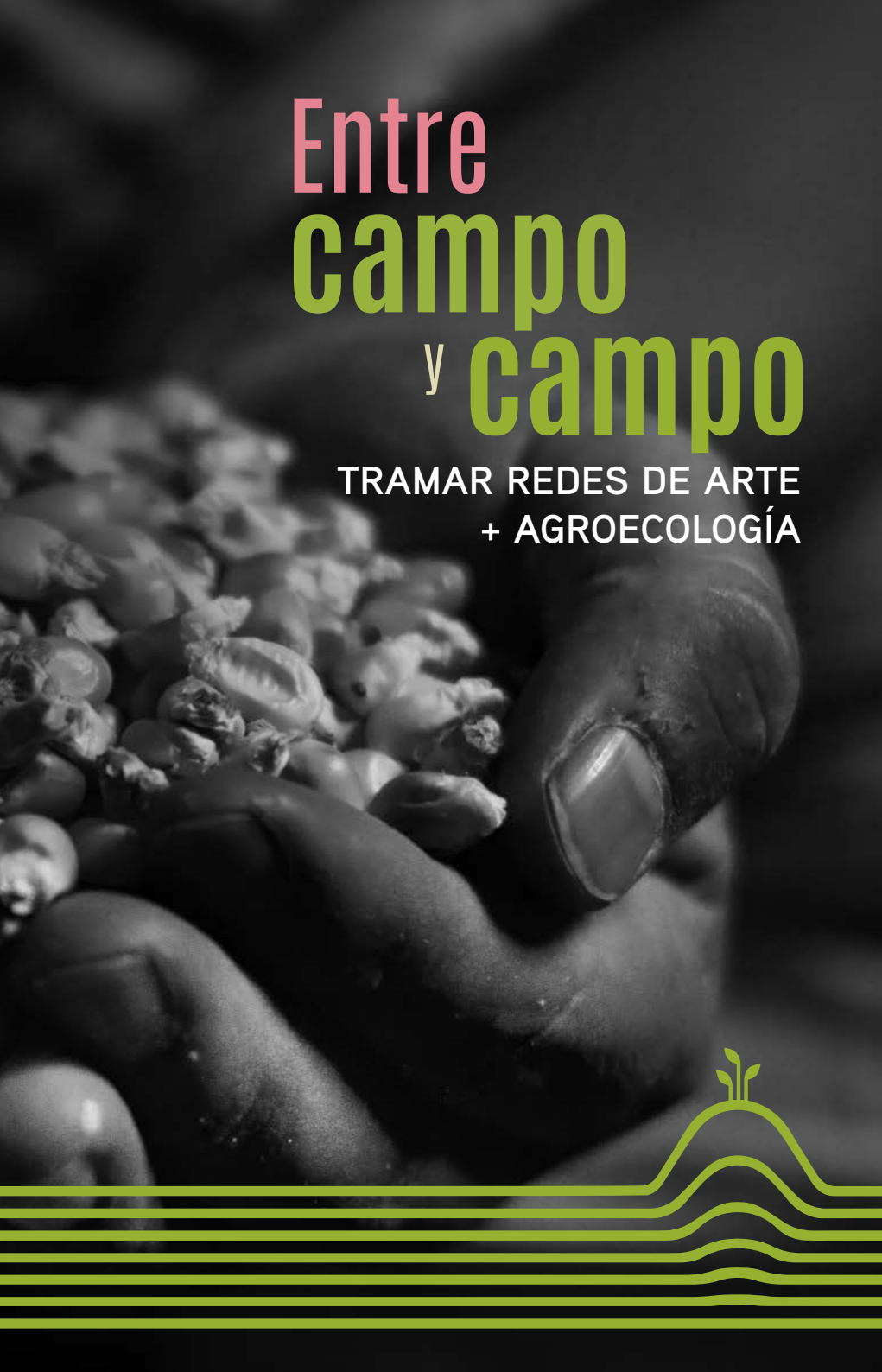


Entre campo y campo

TRAMAR REDES DE ARTE + AGROECOLOGÍA



UiU!

UNIDAD DE
IMPRESIONES
URGENTES

La Unidad de Impresiones Urgentes (UIU) es un dispositivo editorial concebido para producir memoria de acontecimientos e iniciativas que buscan construir comunidad desde y para el presente. Cada pieza que se realiza apuesta por expresar la circunstancia que la genera, tanto en lo conceptual como en su materialidad y circulación. La UAM Cuajimalpa es la base de operaciones.

Entre campo y campo

TRAMAR REDES DE ARTE + AGROECOLOGÍA



ESCRIBIMOS:

Adriana Salazar
Albania Juárez
Alejandra Ortiz Valera
Ana Lilia Becerra García
Antonio Sánchez Vázquez
Brenda Anayatzin Ortiz Guadarrama
Carlos Mier y Terán
Christopher Aquino
Claudia Pérez Pavón
Daniela Ramírez Camacho
Diego Rodríguez Arce
Edith Morales
Edwina Moreno
Enif Hernández
Eréndira Meléndez
Eugenio Tisselli
Francisco Gómez Mont Ávalos
Gibrán Morales Carranza
Izbeth Mendoza
Jorge García Manzano
José Luis Jácome Guerrero
José Miguel González Casanova
José Noyola
Leonardo Guerra
María Guadalupe Banderas Chávez
María Villegas Ledesma
Martha Hellion
Martha Soriano
Matías Avramow
Mauricio de la Puente
Melissa Cochas Escandón
Michelle Loraine Buerba Chávez
Miguel Ángel Castañeda Escobar
Miguel Ángel Damián Huato
Nicole López
Octavio Ahmic Alvidrez Guerrero
Octavio Moctezuma
Rolando de la Rosa
Sebastián Cillero
Valeria Ramírez Ensástiga
Vanessa Rivero
Zaidy Dzay

Coordinación: José Miguel González Casanova, Octavio Moctezuma, Eugenio Tisselli y Miriam Torres
Fotografía de portada: Christopher Aquino
Diseño editorial, portada y diagramación: Fernando Espinosa
Corrección de estilo y cuidado editorial: Miriam Torres y Ada Villanueva
Coordinación editorial: Isela Xospa
Asistencia editorial: Erick Rodríguez

Primera edición, 2026

D. R. © 2026, de esta edición:
Universidad Autónoma Metropolitana
Prolongación Canal de Miramontes 3855
Ex Hacienda San Juan de Dios, Alcaldía Tlalpan
14387, Ciudad de México

Unidad Cuajimalpa/Jefatura de Proyecto Editorial
Av. Vasco de Quiroga 4871,
Col. Santa Fe Cuajimalpa
Alcaldía Cuajimalpa de Morelos
05348, Ciudad de México
www.cua.uam.mx

ISBN: 978-607-28-3838-3

Los textos y las imágenes contenidas en este libro se distribuyen bajo una licencia Creative Commons en la modalidad de Atribución/Reconocimiento-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional

Impreso en México / *Printed in Mexico*

En memoria de Francisco Gómez Mont y Miguel Damián







Christopher Aquino



Prólogo | 11

Introducción | 17

Agroecologías | 23

Feminismos | 27

Tecnologías | 33

Arte | 39

Saberes | 43

Salud y chamanismo | 49

Tiempo | 57

Agua | 65

Alimento | 73

Utopías | 77

Comunidad | 81

Comunicación interespecies | 87

Christopher Aquino

Resistencia y experimentación en los intersticios de las ruinas

Ante la crisis actual: un libro.

¿Por qué un libro? ¿Por qué de arte y agroecología?
¿En qué sentido y con qué intención?

Porque la emergencia es transdisciplinaria.

Porque lo que se está desmoronando no son sólo los cuerpos, los territorios con sus cerros, ríos, lagos, mares y quienes los habitan.

Se desmoronan los sistemas políticos, económicos y sociales,
se desmoronan los ecosistemas.
Se rompen los lazos intangibles
que han mantenido unidos a los seres
desde que se originó la vida en la Tierra.

La ciencia avanza; la tecnología supera la razón y la ética.
La contaminación alcanza el espacio;
el extractivismo, la Luna.

La violencia aumenta,
el *genocidio* no cesa,
se propaga y se normaliza.

Se desmorona el planeta,
se desmorona el alma.

El texto que tienen en sus manos es el primer registro escrito, sobre arte y agroecología, del programa Arte Ciencia y Tecnologías (ACT), en colaboración con el Taller La Colmena de la Facultad de Artes y Diseño de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), editado por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa (UAM-C). *Entre campo y campo* forma parte de un experimento pedagógico. La red de personas que lo integran se constituyó en el contexto de la pandemia del coronavirus, que propició un gran retorno al campo a nivel global. En nuestro país, y en particular en Ciudad de México, muchas personas comenzaron a cuestionar el sistema alimentario global y a producir sus propios alimentos. Fue en ese contexto que florecieron muchas redes alimentarias alternativas que continúan vigentes. Este libro constituye una huella sutil, una fotografía del proceso de un diálogo espontáneo, que más que dar respuesta o proponer rutas, abre interrogantes, dialoga e invita a pensar, sentir y hacer. Funciona como un marco de referencia para pensar y ubicar nuestras reflexiones y vincularlas con otros temas, para concientizarnos de su alcance. Aquí nos encontramos con muchas voces, un *collage* de ideas y posturas en el que no se distinguen autorías individuales. Son capítulos compuestos por textos que emergieron mediante una especie de lluvia de ideas que diluye la distinción entre expertos y no expertos.

Ante la dominación: la reconexión y la experimentación colectiva.

Dominación,
no sólo de la naturaleza
sino de nuestras mentes.
Anestesia física y mental
ante el exterminio y la destrucción.

Desvinculación y soledad
se rompen los lazos culturales y afectivos

que unen a los seres humanos con sus territorios.
Se desvanecen las palabras que nombran
a las plantas y los animales de las milpas,
a los animales que polinizan cultivos
o que, como nosotros, se alimentan de ellos,
a los animales del día y de la noche,
a los que nos temen y a los que tememos.

También se desvanecen los nombres de los haceres relaciona
[dos con ellos,
las prácticas herbolarias, culinarias y artísticas entrelazadas a
[los territorios.
Se pierden las formas de mirar y escuchar,
las formas de comunicarnos y entretejernos,
de sostenernos.

¿Qué relación tienen el arte y la agroecología con todo esto? ¿Podrían emerger alternativas de los puntos de encuentro entre estos dos campos ante estos derrumbes, dominaciones y pérdidas? ¿Cuáles podrían ser sus aportes a las problemáticas ambientales y existenciales que nos atraviesan? ¿Qué arte y qué ciencia estarán dispuestos a abandonar sus privilegios, cuáles tendrán la valentía y la humildad para colaborar con quienes cuidan y defienden los territorios?

La agroecología surge en un contexto campesino e implica habitar los territorios de manera más armónica y respetuosa. Se trata de dejar de tener miedo, de reconectar con otros seres y de desobedecer los mandatos civilizatorios. Uno de los puntos de intersección entre el arte y la agroecología es que tanto la intención que subyace como los fines que se buscan están cimentados en un vínculo indisoluble entre la emoción y la razón. Innumerables colectivos transdisciplinarios enfocados en derrumbes particulares deciden vivir en congruencia con sus pensamientos y sentimientos sin importar su probabilidad de éxito ni su invisibilidad. Su fuerza radica en su diversidad, amplitud e interconexión.

La relevancia de esta colaboración entre dos importantes universidades públicas en México radica en el vínculo incipiente que comienza a tejerse entre ellas y en la promesa de un trabajo conjunto en el ámbito del arte y la agroecología. Buscamos propiciar el desarrollo de una afectividad ambiental en ambas comunidades. Asimismo, es una apuesta por romper con el mito de que la ciencia de calidad debe ser neutral y carente de emociones, y de que el arte es puramente estético y emocional. Posiblemente, la dificultad para mantener la congruencia entre la razón y la acción radique en la pretensión de neutralidad.

Diálogos para imaginar y construir en colectivo.

Desde las ruinas
en resistencia
en el entendido de que lo primero
es la reconstrucción de lo sutil
de los lazos.

Reconstrucción de un entramado que posibilite la vida:
no sólo de la humanidad y mucho menos a expensas de todos los demás seres,
incluidos muchos seres humanos. Seres de otros géneros, otras razas,
otras perspectivas, otros anhelos.

Reconstruir observando, escuchando y dando espacio
a especies nativas e introducidas, y a las culturas que han florecido con ellas,
visibilizando y modificando las relaciones de dominio y explotación,
eliminando ese sentimiento de superioridad
y esa visión mercantilista de los seres y los territorios
para permitirnos ser parte
de paisajes multiespecies.

Estamos ante una suerte de especiación críptica en la cual los procesos microevolutivos, producto del encuentro del arte y la agroecología, se asemejan más a los del microcosmos que a los de seres de dimensiones semejantes a las nuestras. Pareciera que el aporte del arte va mucho más allá del sentido estético, pues flexibiliza las reglas para la transferencia de información e incrementa infinitamente sus posibilidades. En este nuevo escenario, la transferencia horizontal es cotidiana y la tecnología está al servicio de los intercambios entre todo tipo de seres que conforman esta nueva comunidad que se mantiene viva y en expansión, a pesar de las predicciones de todos los modelos. ¿Será que estamos ante el comienzo de una nueva era? ¿Será que se está cumpliendo el deseo de Donna Haraway y que el presente, más que una era, es un punto de inflexión? ¿Será que los paisajes multiespecies de los que habla Anna Tsing se están ramificando? ¿Serán las exploraciones de arte y ciencia una forma de cosmopolítica, en el sentido que le da Isabelle Stengers, o de entramados de alteridades como en el mundo *ch'ixi* de Silvia Rivera Cusicanqui? Posiblemente estos mircocomienzos, imperceptibles para la mayoría, van a florecer e hibridar con otros muy distintos para dar lugar a formas alternativas de habitar el mundo que dejen atrás el predominio de la supremacía que pretende administrar y decidir por el resto de las entidades con quienes compartimos el planeta. Por lo pronto, en medio de la incertidumbre, este libro abre la conversación y nos invita a reflexionar y a dialogar. Pretende, sobre todo, propiciar la experimentación transdisciplinaria para la generación de ensambles multiespecies.

Nuri Flores Abreu
Profesora e investigadora del Departamento
de Ciencias Sociales de la UAM Cuajimalpa



Christopher Aquino

Presentación

La agroecología quiere cambiarlo todo. No sólo es una ciencia que entiende la agricultura como una red compleja en la que se interrelacionan humanos, tierra, clima, plantas y otros seres vivos, sino también un movimiento social y cultural. Es tanto una economía que procura la administración moderada y justa de los bienes del planeta como la política que considera por igual los derechos de todos los seres vivos. También es un arte que, en cuanto creación, nos reúne en experiencias sensibles y significativas que nos comunican y retroalimentan de múltiples maneras. Por ello, la agroecología no se encierra en una definición, sino que habrá tantas agroecologías como territorios, comunidades, ecosistemas y movimientos existan: son sinergias localizadas, nodos que pretenden desplazar el centro jerárquico que organiza nuestra relación con el mundo al compartimentarlo bajo una visión extractiva y utilitaria. Las agroecologías se dirigen hacia la integración global de la complejidad en redes de reciprocidad, respeto y cuidado de la vida.

Para trazar un primer esbozo de la enorme constelación de agroecologías que nos son próximas, y su importancia en nuestras vidas, un grupo de personas de muy distintas procedencias nos reunimos virtualmente en el marco del Primer Coloquio Internacional sobre Arte y Agroecología "Entre campo y campo", para dialogar, sentir, pensar y escribir juntas. Esta publicación da cuenta de ese proceso, desarrollado con la técnica de congreso colaborativo llamada "espacio abierto".

Quienes participamos en este ejercicio colectivo nos reunimos en una asamblea plenaria para definir los temas sobre los que deseábamos dialogar. Así, por consenso, establecimos doce: agroecologías, feminismos, tecnologías, arte, saberes, salud y chamanismo, tiempo, agua, alimento, utopías, comunidad y comunicación interespecies. Para dar lugar a estos temas, abrimos salas de discusión paralelas en la plataforma virtual. Cada quien tenía la libertad de sumarse a uno o varios debates, por el tiempo que quisiera permanecer, para expresar sus ideas, conversar, o tan sólo escuchar, con la posibilidad de cambiar de sala en cualquier momento. Durante el encuentro, el grupo de participantes escribió los diálogos de cada espacio de intercambio en su respectivo documento colaborativo, sin pretender emular discursos académicos. El espíritu de estas escrituras respondió tanto a la espontaneidad del momento como a las propias experiencias, sentires y pensares de quienes estábamos presentes. En una segunda sesión, a partir de los textos colaborativos de cada sala, una parte del equipo nos repartimos voluntariamente la tarea de editar y resumir los diferentes puntos de vista sobre cada tema, en las relatorías que ahora ofrecemos en esta publicación.

En el flujo de la inmediatez de nuestras discusiones, a veces caóticas, apasionadas y reflexivas, y al mismo tiempo ligeras y profundas, creemos que han brotado algunas ideas valiosas. Por ello, plasmamos aquí las visiones, observaciones y señalamientos expresados a lo largo de este proceso de escritura colectiva. Pensar, conversar y escribir en común nos ha sido una experiencia grata y enriquecedora, que esperamos se extienda a más lectores que amplíen estas reflexiones con sus lecturas. Ojalá resuenes con lo que dijimos y escribimos, y encuentres, junto con esta comunidad, alguna clave para comenzar a trazar tus propias visiones de la agroecología.





Christopher Aquino



Leonardo Guerra

Agroecologías

La agroecología parte desde lo local, sin universalizar sus propuestas. Por eso hablamos de múltiples agroecologías, tantas como los territorios donde sus principios florezcan.

¿Qué es la agroecología?

¿Por qué surge y qué es lo que busca construir?

¿A través de qué formas se busca?

¿Por qué hablamos de *agroecologías*, en plural, y no simplemente de una *agroecología*?

La agroecología parte de la crítica a la agricultura convencional y, por lo tanto, constituye una alternativa contrahegemónica a la agricultura moderna, industrializada y capitalista, pues se mueve en tres grandes dimensiones: cultura, economía y política. La postura agroecológica propone romper con los preceptos establecidos sobre los sistemas de producción, distribución y consumo capitalista del alimento, y las consecuencias que conllevan. Esta ruptura se logra a través de técnicas, metodologías y posiciones, desde la ciencia, el arte y los saberes situados, con el fin de *transformar* cómo producimos y consumimos alimentos y, por ende, cómo reproducimos la vida.

La agroecología parte desde lo local, sin universalizar sus propuestas. Por eso hablamos de múltiples agroecologías, tantas como los territorios donde sus principios florezcan. Se trata de compartir experiencias e implementar prácticas que se adapten a cada entorno. Debemos buscar resiliencia, diversidad —de especies, prácticas y género—, equilibrio, alimentación y salud. Las agroecologías buscan la soberanía alimentaria y la autonomía de los pueblos. La soberanía alimentaria plantea una forma de producción, distribución y consumo que prioriza los aspectos previamente expuestos, con un fuerte énfasis en las agri*culturas* relevantes a cada contexto. Es por ello que hablamos de una

multiplicidad: existen tantas agroecologías como contextos *naturoculturales*. Así, es necesario reiterar la dimensión política de esta búsqueda, ya que los contextos en los que se desenvuelve tienen objetivos de desarrollo locales y específicos, y va en un sentido contrario a la noción moderna de desarrollo centrada en el crecimiento económico. De este modo, la soberanía alimentaria considera la Tierra, las semillas, el agua y los saberes como bienes comunes naturales, pues busca que no se llamen simplemente recursos, servicios u objetos de propiedad intelectual. Las agroecologías defienden que estos bienes comunes se pongan al servicio de una comunidad, bajo una mirada colectiva de los territorios, donde el agua sea un derecho fundamental, donde las semillas sean creaciones conjuntas para aumentar la biodiversidad, donde exista un diálogo activo y recíproco entre los saberes ancestrales y una ciencia que trabaje para el bienestar de los pueblos.

Los saberes agroecológicos son procesos continuos e inacabados, no exclusivos de un grupo, y tampoco aspiran a la universalidad. En este sentido, las agroecologías implican el pleno reconocimiento de las prácticas y manejos de agricultura, y diseños de agroecosistemas tradicionales y ancestrales. El suelo es un órgano vivo, la naturaleza es un todo que debe respetarse y no explotar. Los legados bioculturales son la base para la soberanía alimentaria y permiten el fortalecimiento de la resiliencia basada en la *agro-bio-diversidad*. Lo antiguo es lo nuevo y, muy a menudo, las mujeres son las guardianas del conocimiento local.

¿Cómo podemos pensar las agroecologías desde la inmediatez de nuestros cuerpos? Para pensar en las agroecologías desde nuestro cuerpo, en interrelación con los de otros seres, es necesario detenerse primero en lo humano, a pesar de la carga

antropocéntrica que esto conlleva. En un tiempo en el que la cultura hegemónica habla de ingeniería genética, neurociencia y robots, y se difunden las ideas *new age* del transhumanismo, podemos ver siempre que se aspira a que lo *humano* se desarrolle hacia *arriba*. Pero, ¿qué pasaría si optamos por la descentralización de lo humano? No olvidemos que la raíz del término *humano* es *humus*: *la tierra*. Para permanecer en ella hay que hacernos *humildes*. En ese sentido, quizá las agroecologías, además de ciencias, prácticas y activismos, puedan llegar a conformar una especie de filosofía o al menos ser filosofadas, ya que, por un lado, proponen pensar de manera conjunta las ideas de naturaleza y cultura y, por otro lado, las fusionan en sus prácticas. ¿Podríamos ver en las agroecologías una serie de prácticas sociales no desnaturalizadas que, a su vez, den paso a una teoría no dualista de cultura y naturaleza?

La observación, la sensibilidad, el análisis y la percepción nos llevan a intuir los ires y venires del mundo natural. Nos ayudan a comprender sus tiempos, ciclos, ritmos y relaciones, y proporcionan a las agroecologías la base para involucrarse en ese palpitar, para ser productivas y a la vez respetuosas con el todo del que formamos parte, con el dar y recibir.



Feminismos

Somos como la milpa, somos comunales, somos diversas y guardamos nuestra diversidad en la semilla de la siembra.

Nos preguntamos...

¿Quiénes somos?

Somos mujeres, madres, feministas, compañeras, artistas. Somos activistas, acompañantes en las organizaciones en defensa del maíz, irreverentes, profesionistas, estudiantes, agricultoras. Enseñamos a la niñez y a las familias. Buscamos metodologías artísticas en las que puedan escucharse las voces acalladas y visibilizar el trabajo de nuestras compañeras campesinas, agroecólogas, agrónomas y productoras. Estamos aquí para construir, deconstruir y encontrar la forma de compartir la agroecología desde el arte, para fortalecernos mutuamente y seguir andando este camino lleno de violencias hacia nuestros cuerpos y nuestros territorios. Dialogamos, proponemos y participamos desde una posición consciente frente a la importancia de la alimentación y de la tierra.

¿Por qué estamos aquí?

Desde antes de nacer, el sistema patriarcal ya estaba violentándonos con la opresión hacia nuestro linaje. No nacimos sabidas, pero hoy estamos seguras de que una de las formas de modificar esta lógica normalizada es vincularnos a los procesos productivos que ponen la vida al centro. El campesinado no es masculino, estamos cansadas de leer historias que no hablan sobre nuestras luchas y nuestros dolores. Por eso nos unimos al pronunciamiento de nuestras compañeras que luchan todos los días por la defensa del territorio, traducida en la defensa de nuestros cuerpos, nuestros territorios próximos. Nuestras compañeras mantienen viva la agricultura en las comunidades, preservan la tradición agrícola, alimentan a las

familias, a la memoria colectiva y, además, sostienen el sistema capitalista patriarcal con la reproducción y los cuidados de la vida, mas no por convicción, sino por naturalización.

Estos roles de género y su perpetuación han promovido que los hombres habiten los espacios de participación colectiva de una manera más amplia, lo que deja poco espacio para nuestra participación activa en la toma de decisiones y acciones por la comunidad. A pesar de que sostenemos la vida, su reproducción y cuidados desde el territorio, históricamente se nos ha negado el derecho a las parcelas. Aun así resistimos: seguimos cuidando el suelo, sembrando, cosechando, recolectando, resguardando semillas, creando. Reconocemos que el campo ha sobrevivido por la comunalidad y la colectividad; entendemos que el patriarcado y todas las formas de violencia son los enemigos y no el hombre, como nos han querido hacer entender.

¿Qué es la agroecología feminista?

Hay muchos feminismos; hay muchos saberes involucrados y muchas expresiones artísticas, así como diferentes caminos. La agroecología feminista no privilegia a las mujeres, pero habla de distintas otredades, de cuerpos que no se reconocen como hombres o como mujeres. Reconoce las problemáticas que atraviesan esos cuerpos y pugna por romper con las dualidades que vienen con el capitalismo y el patriarcado. Desde los feminismos del sur, los del Abya Yala, también denominados *ecofeminismos*, feminismos comunitarios, ahora relacionados con la agroecología feminista desde la academia, reconocemos que, sin importar qué término elijamos, estamos unidas. Somos como la milpa, somos comunales, somos diversas y guardamos nuestra diversidad en la semilla de la

siembra. Esa semilla atraviesa el territorio, la política, la cultura, la economía, el arte y la espiritualidad. Desde la milpa integramos los saberes, las creaciones y las acciones para entrelazarnos, acompañarnos y construirnos.

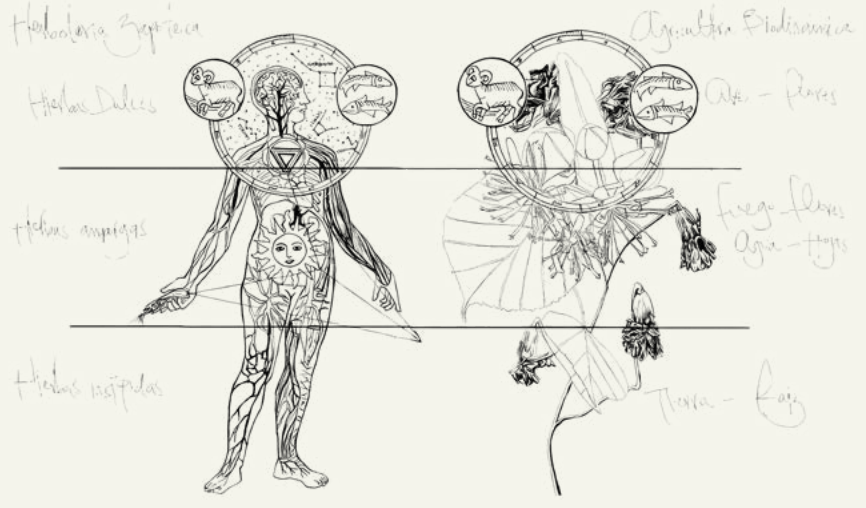
¿Qué es indispensable?

Hoy comprendemos que algo muy importante es conformarnos en redes de apoyo mutuo, pues el camino es duro y contradictorio, doloroso. Una ruta es trabajar con las comunidades, ser pacientes, sumar, empatizar, entender el proceso de adopción de otras formas de comunicación, porque el lenguaje que usamos es prestado y viene de ese doloroso proceso de colonización. Nos acompaña la frase *"Compañera, la teoría es importante, pero la empatía es indispensable"*. Nos sirve para evitar juzgar a otras compañeras en su caminar, en un sistema que nos ha empujado a competir. Estamos conscientes de que no podemos estar siempre; nos resistimos a hacerlo; nos oponemos a esa forma de opresión también. Pero nos quedamos tranquilas, pues sabemos que cuando no esté una, estará la otra, las otras. Privilegiamos el estar juntas, el cuidarnos, el escucharnos, el proveernos afectos y el respetar la palabra.

Para continuar con la conversación...

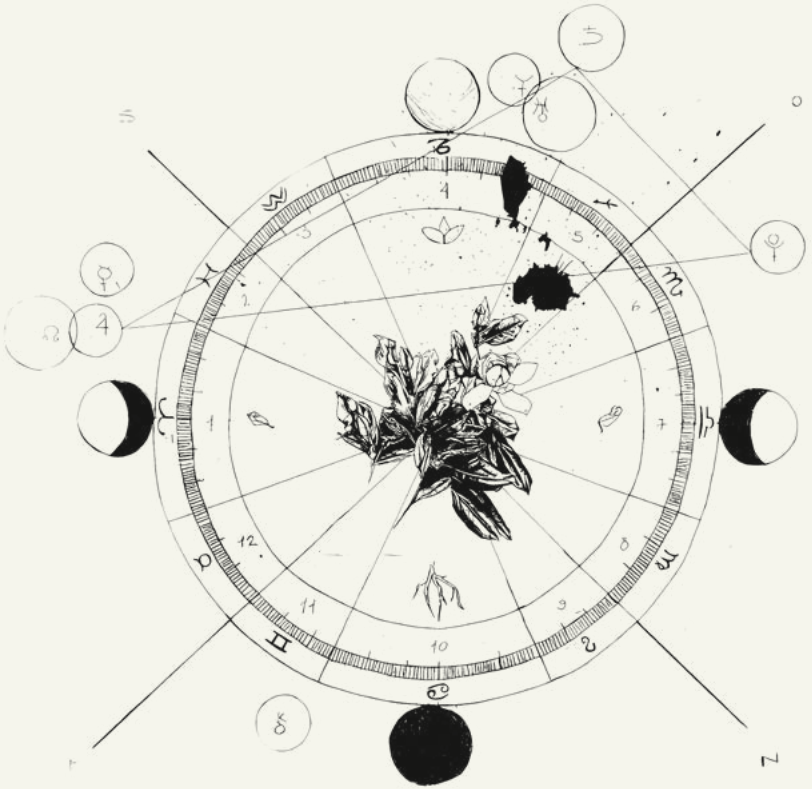
¿Qué sería la agroecología feminista, cómo la visualizamos y la soñamos? ¿Cómo podemos comenzar a construirla? ¿Qué estaría dentro y qué quedaría fuera? ¿Cómo lo expresaríamos desde los lenguajes artísticos? ¿Cómo traemos la agroecología desde el territorio y su defensa hacia nuestros cuerpos en movimiento desde el arte?

♀



♀

Albania Juárez





Tecnologías

Se trata de imaginar otras tecnologías posibles que no ignoren contextos sociales, políticos y culturales, que acompañen a nuestros cuerpos sin querer expulsarlos, que generen una agricultura responsable, limpia y entretejida con las diversas necesidades de los millones de seres con los que compartimos este planeta.

La tecnología refleja la gran capacidad creativa del ser humano, pero sus alcances en la actualidad producen sentimientos encontrados de asombro y temor. Como un arma de dos filos, por un lado, nos abre posibilidades en muchos campos y, por el otro, desarrolla mecanismos de control y manipulación del comportamiento humano.

Cuando hablamos de tecnología, de inmediato pensamos en aparatos, conexiones, luces y posibilidades. Pero es importante no perder de vista que representa la relación de nuestro cuerpo y pensamiento con el mundo. Por ello, no debería sorprendernos el hecho de que algunos de los artefactos tecnológicos más antiguos estén relacionados con la agricultura. Pensemos en coas, hoces, cuchillos y canastos. En su sentido primigenio, la tecnología nos ayuda a extender los límites de nuestros cuerpos. Aquello que no podemos remover, cortar, cargar o enderezar usando nuestras manos, brazos y piernas es removido, cortado, cargado y enderezado por instrumentos de madera, piedra, metal, barro y tejidos. Sin embargo, hay que admitir que la tecnología ha ido mucho más allá, y ha dejado de ser esa especie de prótesis que aumenta las capacidades de nuestros cuerpos para convertirse en una fuerza con agencia propia. La tecnología, sobre todo desde la época moderna, se ha convertido en el instrumental del progreso, en un vector que trasciende nuestra configuración física para así sustituirla. Ya no nos acompaña, sino que nos desplaza. Así, los tractores han borrado a hombres, mujeres y animales del trabajo de labranza. Todo tipo de máquinas se ha acoplado a los sistemas de agricultura industrial para acabar con los ritmos, los saberes y la laboriosidad campesina, y ponen en primer plano valores como la eficiencia, la rapidez, la productividad y el crecimiento ilimitado.

Los numerosos problemas desencadenados por los monocultivos industriales no sólo son inseparables de las máquinas que les dan sustento, sino también de los valores inscritos en ellas. A contracorriente de la visión determinista de la tecnología —que menciona que los artefactos y sistemas tecnológicos son neutrales y esencialmente independientes de cuestiones sociales, políticas y culturales—, habría que subrayar una visión crítica, según la cual toda entidad tecnológica es una materialización de valores e ideologías. En la esencia del tractor, por ejemplo, se inscriben valores y motivaciones como la eficiencia y la rapidez en la preparación de los campos. Dichos valores tienen que ver con una noción de la tierra como recurso a explotar de la manera más efectiva posible. El tractor es símbolo de progreso, de modernidad, pero también significa el desprecio al trabajo campesino, a un cuidado de la tierra más cercano a la dimensión humana y a los ritmos naturales. Es verdad que el trabajo de campo es agotador y que el tractor promete aliviar un poco ese peso; sin embargo, el precio que pagamos por liberarnos del trabajo extenuante es una creciente separación entre cuerpos y tierras, entre formas sutiles de entender el lenguaje de los suelos y los seres que crecen y se reproducen en ellos. El precio, además, se traduce en una materialidad exacerbada y dañina que muchas veces escapa a nuestra vista: los combustibles fósiles que alimentan el tractor, sus procesos de fabricación y su presencia prolongada como chatarra una vez que ha cumplido su vida útil.

Los tractores, cada vez más sofisticados y autónomos, se han visto acompañados por toda una serie de artefactos de última generación: robots ordeñadores, drones, redes de sensores, inteligencias artificiales que recogen todo tipo de datos para

administrar de forma cada vez más efectiva los campos y cultivos. Pareciera que el denominador común de toda esta serie de desarrollos fuera la desconfianza en las habilidades humanas, el desprecio a los saberes sutiles de la tierra. La automatización nos borra del campo, nos convierte en operadores cuya función es simplemente supervisar la fluidez de datos y movimientos maquinales. La tierra es como lienzo de algoritmos y trayectorias mecánicas, cuyo único fin sería alimentarnos sin que tengamos que mover un sólo dedo. Pero ¿a costa de qué?

Qué enorme contraste con la agroecología, que pone en el centro los saberes, las técnicas y las tecnologías ancestrales y campesinas. Qué ignorancia tan grande acerca de la reciprocidad practicada por pueblos indígenas, que siempre ofrecen regalos a la tierra antes de cultivarla y cosechar sus frutos. Lejos de romantizar el sentir, pensar y hacer ancestral, la agroecología señala los daños profundos que la *hipertecnologización* de los campos está provocando en los ecosistemas, y hace un llamado a valorar otras formas mucho más respetuosas de relacionarnos con ellos. ¿Cómo podríamos crear y aplicar tecnologías en el campo con valores alineados con los valores agroecológicos, con las formas de vida ancestrales? Porque, ciertamente, no se trata de rechazar la presencia de la tecnología en nuestro hacer cotidiano, en la formas en que producimos y consumimos alimentos. Se trata de imaginar otras tecnologías posibles que no ignoren contextos sociales, políticos y culturales, que acompañen a nuestros cuerpos sin querer expulsarlos, que generen una agricultura responsable, limpia y entretejida con las diversas necesidades de los millones de seres con los que compartimos este planeta.

Uno de los autores de este libro nos contó la siguiente anécdota: Tuve un tío que era considerado una autoridad entre los ingenieros agrónomos. Tenía un doctorado en irrigación y hablaba de transferencia tecnológica. No he podido olvidar una de sus teorías con la que, decía, iba a resolver el problema alimentario que tenía que ver con el ganado. Su idea no era dejar de consumir carne ni mucho menos, sino crear ganado enano, con menos requerimientos de pastura, con menos huesos. Hablando de tecnologías están ahí las peligrosas modificaciones genéticas. Grandes aberraciones de nuestra especie frente a otras. Tratando de elaborar este ejemplo, entiendo que tener saberes expertos en tecnologías de distinta índole empodera y expande posibilidades. Pero creo que tales posibilidades tendrían que ser acotadas a través de formas éticas de respeto entre especies, respetos planetarios, formas respetuosas en tantos rubros como posibilidades de dominio, más allá de delirios de grandeza, de expansión y de poder. ¿Será posible?



Albania Juárez



Arte

El arte nos puede ayudar a crear simbiosis,
nos puede ayudar a ser mente-colmena.

¿Qué aporta el arte a las agroecologías? ¿Qué exploraciones artísticas se vuelven posibles en los contextos de las agroecologías? Tras un nutrido debate, en el que se tejieron acuerdos y desacuerdos, encontramos lo siguiente:

La experiencia agroecológica, tratada desde el arte, se propone diluir la noción de *autor*, e incluir, en cambio, formas ancestrales y colaborativas de *hacer,* como el chamanismo, el tequio, la milpa, o el estudio profundo y simbólico de las semillas como origen de algo que tendrá un desarrollo inesperado, tal vez indefinible.

Tales pensamientos nos permiten anticipar futuros y, a la vez, jugar con incertidumbres, para evitar encajar el enorme y diverso campo de las agroecologías en los cada vez más estrechos territorios de la institución del arte. Resultan chocantes las ideas de *catalogar* o de *etiquetar*; creemos que son nociones problemáticas y restrictivas.

Para acotar otro desbordamiento visible, como una fuga incierta que proviene de la combinación *arte-agroecología*, aparecen otras visiones de futuro, anticipaciones que parten de una denominación feminista. Ellas: la naturaleza, la Madre Tierra, la Pachamama. El principio de la creación, contenido y nombrado desde lo femenino, anuncia el designio de que las mujeres tendrán un lugar protagónico.

A la pregunta "¿qué es arte?" responden debates generacionales, ideológicos, tomas de postura contrastantes desde lo individual y lo colectivo. No hay por qué dar conclusiones, porque el arte no es lo instituido sino el *instituir*, un proceso constante de creación, una suerte de *autopoiesis*. Existe la experiencia artística en

lo individual y en lo colectivo, en la observación de la naturaleza. Podemos inspirarnos en ella para hacer arte, para elaborar lenguajes sensibles. Podemos también hacer especulaciones predictivas sobre el futuro, o bien tejer el arte junto con la teoría. Sin embargo, vemos que puede asomarse un impulso protagónico de un arte agroecológico que ansíe poner en evidencia la devastación de los recursos naturales, sólo para ser vista por espectadores especializados en museos o galerías. Creemos que este impulso debe modularse con una inspiración libertaria que actúe y dé frutos en un mundo que no separe creadores de espectadores.

En esta atmósfera, el arte no quiere ser definido como un *arte expandido*, ni espera que se acoja a la agroecología como una noción dentro del arte contemporáneo, porque va mucho más allá de sus tradiciones y de sus espacios de circulación y comercialización. Es milpa y trabaja desde la comunidad: cultiva cultura.

El arte puede ayudarnos a crear simbiosis, a ser *mente-colmena*.

En el arte, en cuanto a creación, ya están sucediendo cosas que no están definidas y no hace falta encasillarlas dentro de conceptos existentes, por más amplios que se piensen.

Arte es el inicio de algo bondadoso, algo que tendrá un desarrollo inesperado, indefinible pero restaurador.

Las teorías trazadas al margen de la creación tratan de anticipar futuros, de excluir esto e incluir aquello, de diseñar metodologías artísticas que, en el fondo, ignoran cómo entretejerse y participar con la naturaleza y la tierra, con el agua y otras especies vivas. Vemos allí un ejercicio de poder que no nos alimenta.

La experiencia agroecológica tratada desde el arte intenta amplificar la labor de colectivos que regeneran la vida. Quiere descolonizar el poder y la subjetividad. Nos permite pensar al propio arte como un conjunto incluyente de prácticas creativas de significado poético; celebran las identidades colectivas, el conocimiento sensible y la potencia de la imaginación humana.

El arte es lenguaje sensible, es un sistema de pensamiento que nos devuelve acciones que cimbran.

El arte devela conexiones: la experiencia agroecológica junto a la práctica artística es una revelación ya vislumbrada.

El tiempo tiene que ver con nuestro quehacer. Podemos comenzar a entender la relación del arte y los ecosistemas a partir del tiempo.

El arte es radical, una apuesta libre y curiosa que revela, integra y *hace mundo*.



Saberes

Los saberes que resuenan con la agroecología dicen: el suelo es un ser vivo; la naturaleza es un todo.

El *saber* es un proceso continuo e inacabado, íntimamente ligado al entorno de cada localidad y en resonancia con flujos externos. No es exclusivo de un grupo y tampoco puede ser universal: cada cultura es capaz de desarrollar saberes y conocimientos, de acuerdo con sus contextos sociales y ambientales, y nutridos por los intercambios que tienen con otras culturas. En ese sentido, la agroecología, entendida como campo de saber académico, es el reconocimiento de las prácticas ancestrales de manejo integral de los cultivos, que por generaciones han dado resultados satisfactorios en cuanto a la producción de alimentos, medicinas y otros bienes. Para ilustrar estas prácticas, podemos considerar la rotación de cultivos y el descanso de la tierra, la *roza, tumba y quema*, los cultivos multiespecíficos, el control biológico de plagas mediante la manutención de plantas alrededor de la siembra, el uso de fertilizantes orgánicos, el aprovechamiento integral de productos y residuos. Del maíz, por ejemplo, se utiliza el bagazo como alimento animal, el totomoxtle se convierte en recipiente, y el olote, la raíz y la cañuela, en combustible.

Los saberes que resuenan con la agroecología dicen: el suelo es un ser vivo; la naturaleza es un todo. En cambio, en la agricultura moderna se ponderan los intereses comerciales, se olvida el uso racional de los recursos y se explota la tierra hasta agotarla.

Cada localidad conoce su tiempo: sus temporadas de lluvias, de secas y de heladas. También conoce su suelo y las especies de semillas adecuadas para sembrar, generalmente en asociaciones biológicas. El legado de conocimientos y especies debe ser atribuido al grupo cultural que los mantiene, ya que en ello reside la soberanía alimentaria local y, en consecuencia, la posibilidad de mitigar los efectos negativos del cambio climático.



En el caso del maíz, en México tenemos variedades para todos los climas, tipos de suelo, altitudes y cantidades de agua. ¡Ahí están nuestras alternativas para producir alimento ante el cambio climático! De eso se trata la resiliencia en la agroecología.

En contraste, los sistemas agrícolas modernos promueven los monocultivos, el uso de agroquímicos, y necesitan agua en abundancia. No toman en cuenta los saberes locales y, quizá precisamente por ello, han llevado al agotamiento de la tierra y a la contaminación del suelo y de los cuerpos de agua. Ante esto, los agroecólogos voltearon a ver los pueblos originarios para revalorar la forma en que se relacionan con la tierra. De este modo, al contrario de lo que dicta la modernidad, *"lo antiguo es lo nuevo"*. Gracias a este giro, la agroecología promueve la biodiversidad, conserva especies locales y el conocimiento para sustentarlas.

Ante la migración de los varones desde edades tempranas, son las mujeres del campo las depositarias de gran parte de los saberes locales, llevados a la práctica sobre todo en los huertos domésticos. En ellos encontramos plantas de usos múltiples que son sembradas en la temporada adecuada y en las asociaciones benéficas para su desarrollo.

¿Dónde está la farmacia? En el traspatio.

¿Dónde está la despensa? En el traspatio.

¿Dónde están los adornos para la casa? En el traspatio.

No hay una sola agroecología; hay tantas como sistemas campesinos existen, pero las bases son las mismas: el respeto a la tierra y a la red de vida conformada por especies locales, tanto endémicas como externas, la práctica de cultivos multiespecíficos y su rotación, el permitir el descanso y procurar el enriquecimiento de los suelos con abonos orgánicos, el uso eficiente del agua y, de forma crucial, el intercambio de conocimientos a través del diálogo.

Como humanidad, necesitamos reconocer que, en el proceso de comunicación para compartir saberes, cada quien es aprendiz y no hay alguien que lo sepa todo. En concordancia con esto, en la agroecología se establece este intercambio mediante el diálogo entre pares. En este nuevo enfoque de la agricultura, se subraya la posibilidad de ampliar los saberes ancestrales con la incorporación de conocimientos y técnicas actuales.

Para dar paso no sólo al intercambio, sino a la cocreación de saberes, las metodologías participativas pueden ser una herramienta útil. Son fundamentales para identificar, revalorar e integrar los conocimientos y recursos de cada localidad; para conformar la diversidad y generar un trabajo colectivo que opere desde el reconocimiento de sujetos de acción. La pedagogía de educación popular, propuesta por Paulo Freire, nos ofrece un marco filosófico-conceptual que, con el paso del tiempo, ha generado y reinventado técnicas participativas. Estas técnicas permiten que los grupos dialoguen y problematicen desde sus respectivos lugares de enunciación, para implementar acciones de transformación que reconozcan los saberes de cada cultura. Se trata de recuperar nuestra historia para comprender nuestro presente y continuar como sujetos activos



en la construcción de nuestra realidad. Un proyecto diseñado con metodologías participativas involucra desde su planteamiento a quienes formarán parte de él. Involucra la realización de diagnósticos comunitarios participativos, trabajo con base en una planeación participativa que cuide, en cada proceso, que la distribución de tareas sea acorde con las motivaciones y diversidad de capacidades que se encuentren en un grupo.





Salud y chamanismo

Si lo entendemos desde el metabolismo, somos muy similares a las plantas, cuyos procesos generan sangre en humanos y clorofila en plantas.

¿En qué momento la madre planta se vuelve mujer curandera?

Fragmento del poema totonaco "Si tan sólo fuera grande"

Las plantas podrían vivir sin nosotros. Nosotros, en cambio, nos extinguiríamos sin ellas en poco tiempo. Aun así, tanto en nuestra lengua como en casi todas las demás, expresiones como *vegetar* o *ser un vegetal* indican unas condiciones de vida reducidas a su mínima expresión. Entonces, ¿quién es el vegetal aquí?

La noción de *estar vivo* implica, a su vez, un entendimiento de lo que es *tener salud*, pues no es lo mismo *estar lleno de vida* que una vida conectada a respiradores artificiales porque, alguien gravemente enfermo, como diríamos coloquialmente, "ya no está viviendo, está sufriendo" o "eso ya no es vida, es martirio". Sin embargo, el vínculo entre vida y salud es más complejo de lo que parece, pues la salud es un estado de bienestar físico, mental y social, no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades. La salud es un estado fisiológico-ecológico de equilibrio y adaptación variable, en el que se ponen en juego todas las potencias humanas (biológicas, psicológicas y sociales) frente a un ambiente.

En el cuerpo, todo lo biológico suele centrarse en el *metabolismo*, en la absorción y transformación de materias en energía, e incluso en aquello que llamamos *enfermedad*, puesto que ésta sobreviene cuando un microorganismo externo al cuerpo se aloja en él y comienza a consumirlo para multiplicarse *por dentro o sobre* un cuerpo debilitado. Entonces se replica una ingestión, un consumo. Prevalece tanto la asociación

entre metabolismo y consumo que incluso la trasladamos a otros contextos: ahora nos alimentamos de deseos, imágenes, ficciones, *software*... A partir de esta metáfora entendemos las posibilidades y las diferencias del metabolismo biológico y del metabolismo social.

En el México antiguo, grandes conocedores aunaban lo mental y lo espiritual con la naturaleza. Hoy día, a pesar de los procesos coloniales y poscoloniales, estos actores sociales perviven y preservan una tradición viva que ahora podemos entender como la muestra de la potencia y coherencia de una mirada de profundidad ecosistémica. Aunque los mexicanos somos señalados como *los hijos del maíz*, no todo es miel sobre hojuelas, ya que desde los laboratorios se indica que el consumo de maíz baja la cantidad de serotonina en el cuerpo y promueve la violencia. También la tradición oral cuenta que los aztecas regulaban estas consecuencias negativas con el consumo de amaranto. Sin embargo, durante el proceso de colonización, esta semilla fue prohibida por su relación con la ingesta de sustancias psicoactivas.

Si lo entendemos desde el metabolismo, somos muy similares a las plantas, cuyos procesos generan sangre en humanos y clorofila en plantas. La clorofila cumple en las plantas la función que la sangre desempeña en el ser humano. Ambas sustancias poseen una estructura molecular similar: la molécula responsable del color rojo de la sangre, conocida como *hemoglobina* y encargada de transportar oxígeno, tiene una estructura idéntica a la de la clorofila, excepto por su átomo central, que en la hemoglobina es el hierro y en la clorofila, el magnesio.











Christopher Aquino

Las potencias vegetales son muy diversas, y de ellas podemos señalar cuatro básicas: alimenticias, ornamentales, místicas y curativas.

El chamanismo es una estructura para la curación.

El olor (esencia) también es un vehículo de sanación.

En los tiempos actuales, comunicarse *con* y *hacia* la naturaleza se ha vuelto una tarea complicada por las distintas capas que nos alejan y por la interacción disminuida con ella. Hay grandes distancias entre nuestras vidas y el territorio virgen, salvaje, libre, quizá derivadas de un miedo encarnado a exponernos a la intemperie. Es por ello que la figura del *chamán* es necesaria como mediadora de experiencias y relaciones en nuestro diálogo con la naturaleza.

Ser chamán (aquí nombrado como un descriptor en un intento por aglutinar la diversidad de tradiciones) implica ser partícipe de una filosofía *agro-ecológica*, contener en el cuerpo memorias para salvaguardar la salud de una comunidad y mantener abierto un canal de comunicación con la naturaleza para agradecerle la recolección de insumos. Puesto que no hay salud sin comunicación (no meramente lingüística, hablemos de una comunicación interespecie), el chamán no es sólo una persona con capacidad de curar, sino también un *diplomático del cosmos*, en palabras de Eduardo Viveiros de Castro. En suma, un mediador entre humanos y no-humanos.

Aquellos antiguos conocedores hoy son nombrados también como *hombres* o *mujeres medicina*. Chamanes y chamanas mantienen vivo el vínculo entre naturaleza y mito, y por ello interactúan con

una naturaleza repleta de símbolos, en los que tienen cabida y función la magia, lo desconocido, lo claro y lo oscuro, el conflicto y la paz. Es imposible imaginar a un chamán sin sus plantas, a un curandero sin sus inciensos, oráculos sin artilugios del tacto. Es decir, más allá de una lógica de cosmovisión, pensemos en *cosmosensaciones*.

Las plantas pueden curar a los humanos. El principio farmacológico, presente tanto en los saberes ancestrales como en la ciencia, nos dice que las plantas curan al consumirlas en diferentes maneras y momentos, pero su uso sin guía ni medida puede llevarnos a lo contrario. ¿Y qué tanto ese consumo desmedido se convierte en una apropiación de conocimientos, un mero extractivismo epistémico? Quizás sería bueno implementar dispositivos de justicia cultural y no sólo abandonarnos a la hibridación ni a los sincretismos de una cultura metropolitana voraz.

El consumo de la ayahuasca y la psilocibina han tenido un *boom* en muchos sectores. Se publican estudios científicos que revelan sus desventajas y beneficios. Algunos recientes, realizados en los laboratorios de la academia, *legitiman* los saberes que los antiguos sabedores ya identificaban y protegían sin la necesidad de microscopios o probetas. Por su parte, los mismos sabedores afirman que, en principio, no habría por qué darle una planta de poder al *paciente*, puesto que no suele ser necesario y, al contrario, puede enfermarlo, incluso matarlo. Las plantas son seres actuantes, no recursos consumibles arbitrariamente.

Nosotros, los seres humanos, estamos alterando el metabolismo de la naturaleza al verter todo tipo de contaminantes sobre ella. Es de suma importancia repensar la *salud* y el *estar bien*. Éste

debe ser un ejercicio constante y dinámico que implique diferenciar claramente entre *chamán*, un mediador entre el humano y lo no-humano, y *doctor*, un estudioso del cuerpo y su interacción con diversos seres y sustancias. Ambas figuras coexisten en nuestro tiempo y ambas tienen mucho que aportar a la noción de salud, tanto corporal como ecológica. Sin embargo, ante la hegemonía del saber científico, del doctor sobre el chamán, es de gran relevancia abrirnos a otras lógicas situadas frente a nuestra convivencia e interdependencia con las plantas. Necesitamos pensar en la diferencia sutil entre *fármaco*, *planta* y *medicamento* para entender los diversos saberes de la salud, e incluso cuestionarnos la noción popular de *planta de poder* para desvincularla de los discursos meramente recreativos o de introspección personal megalómana.

"*El peor monocultivo de todos es el del tiempo*".



Tiempo

El tiempo en la agroecología no se vive pasivamente; es imperioso que se perciba a través del cuerpo y que se hagan pausas para observar.

Considerar que cada hora es igual a cualquier otra hora, que cada noche es igual a cualquier otra noche, que cada año es igual a cualquier otro año, convierte al tiempo en un monocultivo.

Cada hora del día susurra un mensaje diferente: sólo cuando sale el sol, el gallo canta.

La agroecología parece cosa de otro tiempo. Parece de un tiempo precolonial, cuando esta práctica era el modo natural de los pueblos indígenas de Abya Yala, donde el hombre se fundía con el paisaje y existía sólo en relación con éste, donde el saber se transmitió de generación en generación a través de la oralidad pero, sobre todo, a través de la vivencia consciente de cada momento del año. También parece de un tiempo futuro, una aspiración que tenemos en este momento para que las generaciones venideras gocen de un mundo más equitativo y se relacionen nuevamente de manera horizontal con el entorno natural.

La agroecología tiene su propio ritmo, como la vida misma. Hay un tiempo para la labranza, uno de siembra y uno de cosecha. Y a ese ritmo los humanos trabajan en grupos, rotando por las parcelas, para que el pueblo siga el mismo paso. Que nadie quede atrás y nadie puede ir adelante, aunque intente correr.

Poco después de la siembra, el día de san Isidro Labrador —nunca supe quién fue—, la gente se reunía en el cruce de los cuatro caminos entre los campos de siembra y se pedía para que viniera la lluvia. Las primeras flores del campo se usaban para pedir por la protección de los animales que ayudarían en las labores. En septiembre, las flores amarillas de pericón se tejerían en forma

de cruz para proteger las cosechas de los malos espíritus y para celebrar por todo lo recibido.

El tiempo en la agroecología no se vive pasivamente; es imperioso que se perciba a través del cuerpo y que se hagan pausas para observar. El caer de la lluvia por la tarde se predice con más exactitud que cualquier instrumento meteorológico cuando son la piel y el olfato los que comunican lo que sucederá.

Comer cualquier fruta a destiempo, sólo porque la encuentras en el supermercado, te nubla el tiempo de donde estás. Cada fruta tiene un tiempo. Donde vivo las elotizas serán en agosto, para noviembre ya tendremos gorditas de maíz quebrado. Un jitomate lo puedes cortar antes de tiempo, pero no tendrá la misma dulzura y su color no será tan profundo.

Cada cultivo y cada cultura tienen su tiempo. Dicen que la tierra en el campo de arroz no necesita descansar, que por ello puede estar inundada 365 días del año y el arrastre diario la volverá más fértil. No así con el trigo; la tierra necesita reposar entre cosecha y siembra. En la milpa, el tiempo más importante no es entre temporadas, sino entre la siembra de sus elementos. El maíz no va solo pero va por delante, le sigue el frijol unos días después de que el primero llegue a la rodilla del campesino, y luego la calabaza se extenderá para cubrir el sueño cuando los dos primeros ya estén en pie. Entre ellos el orden es un acuerdo atemporal; de otra forma no comulgarían.

La agroecología nos recuerda la necesidad de desacelerar, porque en el correr diario no llegamos más lejos, sólo nos

agotamos más. Sembrar y confiar en la lluvia, y en la ayuda de los otros organismos; no hay necesidad de producir más, de autoesclavizarse.

En la agroecología, los ritmos de las formas de vida que habitan el sistema agroecológico *danzan*, por decirlo de alguna manera, con los del sol, la luna, las estrellas, los vientos, las lluvias y tantos otros entes con los cuales se relacionan.

La agroecología tiene una lógica temporal distinta a la de actividades y procesos en un sistema productivo. Es más cercana a la de una sinfonía con varios ritmos y muchas voces que despliegan secuencias variables de relaciones y acontecimientos.

Integrar los universos cognitivos de disciplinas como la astronomía, la meteorología, la ecología, la taxonomía, la fisiología, la edafología, la geología, entre otras, como hace la agroecología desde un enfoque sistémico, implica conjugar los distintos marcos temporales con los que cada disciplina aborda los objetos, sujetos y procesos de su atención. ¿Qué sucede si analizamos los acontecimientos desde una perspectiva donde el conocimiento surge de las experiencias personales de quienes practican la agroecología?

Los practicantes de la agroecología, en lugares y tiempos distintos, nómadas peregrinando y ofrendando, se relacionan con ritmos de transformación y entretejen ritmos de cuidado. ¿Cómo se configuran en común las dinámicas del territorio? ¿Cómo se conforman las culturas agroecológicas ancestrales en lenguajes con distintas sintaxis, cuando contemplan cantos, danzas, ofrendas, rituales, imágenes y tantas otras maneras de comunicar?

Transitar de una mirada del tiempo como único, lineal, constante y universal a otra que lo ve como una ecología de ritmos diversos, cíclicos, particulares, variables y relacionales quizá sea un puente hacia la comprensión de las culturas agroecológicas ancestrales.

Tal vez, por dar lugar a una diversidad de tiempos y ritmos, la agroecología no entiende de revoluciones, de esa fijación occidental por el *evento* que trastoca todo, sincronizando de manera violenta a los seres más distintos, al arrojarlos en el fuego del suceso que cambia todo de golpe. No hay revolución agroecológica; pero, siguiendo al filósofo François Jullien, hay transformaciones silenciosas, cada una acorde con duraciones y devenires propios. Hay compostaje: transformación constante de lo que ya no es útil en algo que ha de nutrir la nueva vida. ¿Pero cómo aceptar una transformación lenta y sigilosa, en resonancia con el hacer de los seres, si estamos en un momento de urgencia? ¿Cómo aprender a esperar aquello que ha de suceder, sin forzarlo ni acelerar su ritmo, en un sistema planetario que se rompe vertiginosamente bajo la fuerza contundente de la acción humana? Quizá ésa es una de las más grandes y maravillosas contradicciones que ofrece la agroecología, y no es otra cosa que un desafío radical a la forma de pensar moderna, según la cual el progreso es una máquina acelerada que hay que alimentar con todo tipo de combustibles, cueste lo que cueste. La flecha del tiempo corre en una sola dirección, imparable hacia el futuro prometido. La agroecología piensa otra cosa, camina de otra forma. Transforma de manera silenciosa, pero imparable, nuestra relación con otros seres, con la tierra misma. No se trata de ir despacio, sino en sintonía con

la diversidad de ritmos de aquello que nace, crece y muere en un territorio. No son los ritmos de la producción capitalista, sino los ritmos de la vida, que necesitan ser respetados si es que queremos preservarla. Acompañar las transformaciones silenciosas de la Tierra con amor y respeto. Quizá ésa es la más bella definición de lo que es la agroecología.

"Despacio, que tengo prisa", decía mi abuela.

El tiempo no es algo que nos contenga, así como el pensamiento no es el alma contenida en un cuerpo. No estamos en el tiempo: somos cuerpo y éste vive y es tiempo y es corazón latiente de cada cuerpo, de cada persona. La agroecología del tiempo es nuestra relación con el entorno, con las plantas, con el aire, con el movimiento del agua: con el ritmo propio del cuerpo. Así, la velocidad de los sueños será la velocidad del corazón. Soy lento como el crecer de las plantas, mi corazón late lento, mi respiración es suave y pausada. Todo se mueve, todo vibra, hasta el concreto de las ciudades y los metales de sus cimbras. Los edificios se construyen y crecen como si fueran árboles, pero no se alimentan ni se mueven con la tierra donde están plantados. Y la tierra, en efecto, se mueve y hace temblar, los hacen vibrar tan rápido que los acelera y su dureza se desmorona. El concreto fragua rápido y se vuelve lento. El metal es lento. Son duros pero fáciles de deshacer: lo que es rápido es suave y se deshace con la misma velocidad.

Estamos en los tiempos de las máquinas sin corazón, sin órgano pulsante. Hombres de hojalata productivos. El tiempo del valor de cambio versus el tiempo del valor de vida, del pulso orgánico.



Christopher Aquino

Todo aquel que se sube a una máquina que lo lleve a velocidades mayores a las que puedan llevarlo sus piernas viaja en el tiempo, al futuro, para ser más preciso. La modernidad quiere alcanzar el futuro cada vez más rápido, lo que nos transforma en cuerpos asincrónicos.

Imaginemos el futuro, pero en sincronía. Creemos máquinas que nos enseñen los ritmos de la vida y nos mantengan en sincronía con los ritmos de las tierras. Aprender a moverse lentamente y ser duros, duraderos, como las piedras; aprender a deshacerse al ritmo del hielo y luego fluir como río. A vivir para envejecer con diversos ritmos, pulsaciones, pero en sincronía con el entorno: aprendamos a cultivar los diversos ritmos de la vida.



Agua

No habrá sustentabilidad si no se conocen y acompañan respetuosamente las fases del agua, si se sigue pensando que sale de la llave y no del bosque y la montaña.

Origen

Agua: gota a gota, incolora, con su invisibilidad desde el origen y su fin invisibilizado. Voz líquida que nace de un andar eterno: susurros, bramidos, arrullo, granizo, cascada, vapor y lluvia. Yo te siento, nosotros te escuchamos. Somos una invisibilidad compartida. *Agua*, cualquiera que sea tu forma, nos transmites mensajes de alerta, de salud, enfermedad o inconformidad. ¿Hoy día seremos capaces de interpretarte y tomar acciones? ¿O seguiremos ignorando las quejas que navegan y se depositan en un mar de indiferencia?

La tensión entre la apariencia y la verdad, entre el origen y el fin, de donde viene el agua y a donde llega, o a donde la encaminamos, y en ese intento de abrazo líquido la violentamos, la contaminamos con desperdicios industriales y la encapsulamos en sistemas de drenaje; le quitamos su virtud, se vuelve visible, turbia y despide olor. El agua está, pero ya no es; el agua sigue pero se va...

Los sistemas del agua son invisibles y esa cualidad nos hace partícipes de una traición generacional, hereditaria y jamás saldada. Los sistemas industriales, demasiado visibles, desperdician miles de litros y nos hacen creer en el juego de lo potable, lo purificado, lo envasado. El sistema nos adoctrina y nos hace creer que para beber un litro, primero hay que derramar 10 más.

Cuerpo roto

Lavar, teñir, fermentar, o lo que sea el caso, termina siendo agua arrojada como desperdicio al río, río químico y tóxico. *Nada vivo*

habita ahí. Es triste, pero este desprecio forma parte de nuestra realidad, de un sistema político-económico que prioriza actividades *productivas*, que generan necesidades de consumo, a la vez que fomenta la distribución inequitativa. Las ciudades nos atraviesan rompiendo lo común, la pertenencia a la comunidad. Prescriben la propiedad privada y legalizan las prácticas de despojo sobre poblaciones que ahora se señalan como *periféricas*.

Se ha perdido el núcleo, la nube cargada de lluvia, el ojo de agua. Las sirenas que con sus cantos inundan los lagos de peces y anfibios ya no amanecen peinando sus cabellos sobre las rocas; sus cabellos se esfuman en las redes de capital. Las sirenas hoy lloran y ahogan sus cantos: las ranas no croan, los patos no vuelven.

La población animal, vegetal, fungi, los microorganismos y los humanos, *todos* consumimos ahora agua cargada de minerales pesados y al beber incorporamos partículas microplásticas a nuestros cuerpos. En nuestro impetuoso afán por la carne, multiplicamos las poblaciones de bovinos, pero su vida implica un desmonte, un desgaste de tierra acelerado, desequilibrado, y un consumo de agua desmedido. Cuando llueve sobre el monte sin raíces, todo se erosiona, se dispersa. El agua no termina su camino en un manto o una cuenca, poco a poco se encharca y, ante su fluir disminuido, el sol la evapora: el agua no termina por ser río.

"Todo lo verde está muerto": a veces los montes reverdecidos son sólo una ilusión capital, una ficción de la vida, una pintura sobrepuesta. Estos territorios agroindustriales absolutamente verdes, cargados de riego artificial, en realidad contienen









Christopher Aquino

escenas de muerte, a pesar de su verdor, y a costa de insumos vegetales que no sólo enferman a quienes los siembran. Todos y cada uno de los cuerpos vivos sufren el atentado de los intereses necrocapitalistas. Aquel espacio verde del monocultivo es la cama mortuoria de insectos, polinizadores, aves migrantes. Es el epicentro de una cadena de infortunios a costa de la ganancia monetaria.

Es muy importante que se conozca la dinámica del agua en la naturaleza, al igual que la injerencia del ser humano en su ciclo y en su alteración. No habrá sustentabilidad si no se conocen y acompañan respetuosamente las fases del agua, si se sigue pensando que sale de la llave y no del bosque y la montaña.

Agua dulce, agua salada, aguas grises, aguas negras, todas las aguas y "aguas" con todas ellas. Para las sociedades no sólo es urgente velar por la utilización y la distribución eficiente del agua, sino también salvaguardar el estado de las cuencas donde es captada. Es urgente volver a pensar en lo invisible, lo subterráneo; repensar el tratamiento y la eliminación adecuada de los residuos y no simplemente dejar que el tiempo diluya nuestras acciones.

Nube

"Da ma uai" (viene la lluvia), la abuela decía así. Significaba que aceleráramos el paso para evitar que se nos enfriara el cuerpo. La lluvia nunca fue sinónimo de malestar, al contrario, es nuestro cobijo, nuestro refugio, incluso la lluvia nombra territorios:

habitar el lugar *"donde los ríos de lluvia se encuentran" (Nthenkunthe Temoaya).*

Sentir la lluvia se nos ha negado en la urbe, es algo que intenta evitarse: nuestra relación con la lluvia en la ciudad se ha vuelto antagónica. Ésta es una herida abierta por la insistencia en olvidar que la gran ciudad está construida sobre los restos de un lago desecado. Sin embargo, en la memoria del lugar donde abunda la tuna, en el ombligo de la luna, en el gran espejo de agua, resuena aún el corazón chinampero, un sitio para el cultivo del sustento que flota sobre el agua.

Pero hoy se dice y se hace lo contrario: se siembra sobre el desierto, desplazando el agua de donde sí la hay a donde no debería haberla y sólo se evapora. Se evapora... ¿Qué nos pasó?



Christopher Aquino



Alimento

La agroecología también tiene el potencial de ayudarnos a contrarrestar la desigualdad social en el acceso a los alimentos y a la tierra y de ser una vía para hacer justicia a la comunidad campesina y trabajadora del campo.

Pensamos la siembra como una multiplicidad de procesos coevolutivos entre humanos, semillas, bacterias, micorrizas, polinizadores y otros animales, en los que se cocrea un territorio compartido, tejido en alianzas donde, en diversas direcciones y de distintos modos, todos se alimentan entre sí.

Los procesos simpoiéticos (de creación simbiótica) que posibilitaron la agricultura son contratos de alimentación mutua, de reciprocidad metabólica, lazos que crean su consistencia en la medida en que estén atravesados de nutrición en distintas vías.

Existe una continuidad entre la diversidad microbiológica de los suelos donde se producen nuestros alimentos y la microbiología de nuestros intestinos. Una parte importante de nuestras pretensiones se enfoca en redescubrir la alimentación como un nexo privilegiado con nuestros territorios: habitar desde los intestinos, no representando, no extrayendo, no despojando, sino metabolizando. Reconectar nuestros intestinos, nuestra energía, nuestra salud, con la de determinados territorios. Para nosotros, agroecología significa cohabitar metabólicamente.

Sin embargo, a lo largo de la historia, la forma en la que nos alimentamos se ha visto influenciada y modificada por diferentes factores. Uno de ellos, que incidió de manera determinante, fue la Revolución Industrial, cuyos efectos vivimos hasta hoy. Gracias a diferentes desarrollos tecnológicos, incluyendo la mecanización de procesos como el arado o la molienda, se empezaron a producir alimentos a mayor escala. Para conservar esta sobreproducción, se les sometió a procesos con todo tipo de sustancias: desde pesticidas para mantener la semilla libre de plagas, hasta aditivos y conservantes químicos.

Las cadenas masivas de producción trajeron consigo la adulteración y contaminación del alimento, el cual se volvió menos saludable. En la actualidad, la globalización del mercado internacional crea severas dependencias alimenticias de ciertos productos básicos. Esto influye en un empobrecimiento de la dieta, e incluso hambruna, en los países más pobres. Así, tanto la falta de alimento como el exceso de productos procesados causan procesos patológicos crónicos como la desnutrición, la obesidad, hipertensión, diabetes o cáncer.

El uso intensivo de herbicidas y pesticidas, que aniquilan a los seres vivos considerados como plagas o simplemente inútiles por la agricultura industrial, provoca la pérdida de especies vegetales y animales.

Hay mucho más que decir al respecto, pero es muy importante que las sociedades comprendan lo que necesitan sus cuerpos individuales pero en interdependencia, y que procuren una dieta lo más natural, variada, equilibrada y libre de tóxicos posible. Desafortunadamente, los delirios de la globalización económica y la precarización generalizada de la vida han provocado que el acceso a una alimentación sana sea un lujo inalcanzable en muchos países.

A pesar de ello, debemos tener presente que hay que escuchar a nuestros cuerpos para sentir y entender qué tipo de alimentos y qué cantidades les son necesarios y suficientes. Un contacto continuo con la tierra y los cultivos orgánicos facilitaría que esta intuición permaneciera activa en nuestros cuerpos. Esto nos lleva a reflexionar acerca de la importancia de adoptar o, en ciertos casos, retomar la agroecología tanto en el campo como en la ciudad,

en todos los espacios donde sea posible, pues parece una forma viable de aumentar nuestra capacidad de resiliencia. La agroecología también tiene el potencial de ayudarnos a contrarrestar la desigualdad social en el acceso a los alimentos y a la tierra y de ser una vía para hacer justicia a la comunidad campesina y trabajadora del campo.

Hace tres o cuatro generaciones, cada región de México tenía su propio tipo de maíz, frijol y calabaza, pero en los supermercados a nivel nacional ahora sólo se distribuyen entre tres y cuatro tipos de frijol y dos o tres tipos de calabaza. Y qué decir de un montón de frutas locales, específicas de cada región, que han ido perdiendo consumidores porque los paladares han dejado de reconocerlas: los capulines, zapotes o guayas no llegan a los estantes comerciales (por fortuna, quizá), pero siguen presentes en sus ecosistemas o al pie de las banquetas, en el caso de innumerables quelites.

En este sentido, hacer agroecología no termina con la cosecha del alimento, sino que continúa durante su preparación y, sobre todo, en la compartencia de los platillos y las recetas que recogen las particularidades de los cultivos locales. Fortalecer nuestra memoria gastronómica es indispensable para el porvenir de la agroecología. La agroecología es, tal vez, la única forma de preservar la diversidad natural de los cultivos comestibles.



Utopías

Si bien la posmodernidad simboliza el desencanto de la modernidad y sus relatos, todavía están vivas algunas utopías, y una de ellas consiste en lograr un proyecto de humanidad en convivencia y pleno equilibrio con la naturaleza.

La palabra *utopía* tiene varias definiciones: un plan, proyecto, doctrina o sistema deseable, cuya realización parezca muy difícil; la representación imaginativa de una sociedad futura donde los humanos han alcanzado cierta idea de perfección; o bien, simplemente, un lugar que no está en ninguna parte.

Para pensar la utopía del arte agroecológico, la primera definición es una invitación abierta para los artistas, teóricos del arte y demás involucrados, a desarrollar propuestas de futuro, realizando planes y proyectos sustentados en un equilibrio ecológico deseable, que, en efecto, es muy difícil de realizar. ¿Estará este equilibrio en algún lugar o más bien en ninguna parte? Sólo es posible imaginarlo en una sociedad futura consciente de que proceder a favor del equilibrio ecológico resulta en un bien para la humanidad y para el mundo. En esta sociedad tendrían lugar aquellos proyectos que generen resultados benéficos y que tomen en cuenta las delicadas dinámicas ecológicas, a pesar de que nuestras capacidades cognitivas y de observación rara vez vayan más allá del corto plazo. Entonces hará falta pensar en el tiempo profundo de sistemas ancestrales como la milpa, hoy revalorada por su enorme complejidad, que parece representar una convivencia utópica de seres vegetales, suelos e insectos. La milpa contra los grandes sembradíos, contra la idea extractiva de naturaleza, contra las grandes extensiones de monocultivos que en realidad son plagas de una sola especie.

¿Cuál será la respuesta artística que permitirá revelar esta dañina percepción de progreso?

Históricamente, las utopías se han asociado a la idea de *progreso*. Pero el progreso de la humanidad de ninguna manera puede

implicar la destrucción de la naturaleza. Aun así, en *La Nueva Atlántida*, de Francis Bacon, se dibuja una sociedad utópica cuya perfección no sólo está basada en el conocimiento, sino también en el dominio de la naturaleza por medio de la ciencia y de la técnica. Con esto, Bacon ayudó a fundar el *positivismo*, en cuyo origen reside una visión utilitaria e instrumental de la naturaleza que fue fundamental para los procesos de colonización e industrialización que vendrían después. Con la llegada de la Revolución Industrial se da forma y enaltecen las ideas de la *modernidad,* según la cual existe una separación tajante entre *naturaleza* y *cultura.* Protegidos por esa división, los humanos tenían derecho a explotar la naturaleza, ya que no formaban parte de ella. Y, hay que decirlo, la glorificación de esta idea de progreso y de sus máquinas industriales fue posible gracias a la exaltación desde las artes. Basta recordar el futurismo, un arte utópico que en su momento inspiró al fascismo italiano, y que proclamaba que "un automóvil es más bello que la Victoria de Samotracia". Posteriormente, ya en los primeros enunciados de la *posmodernidad* se puede ver el resquebrajamiento de ciertas narrativas, las crisis que obligan a reevaluar el pretendido progreso moderno. Se extienden actas de defunción a los grandes relatos del cristianismo, el comunismo y, poco a poco, también del capitalismo, aunque éste se ha negado a morir. Este giro abre paso a nuevos relatos, más enfocados quizá en la diversidad y las *voces* de pequeños grupos marginados. Se dice que la posmodernidad significa el fin de las utopías, pero tal vez no todas han perdido su potencial para imaginar futuros posibles. Si bien la posmodernidad simboliza el desencanto de la modernidad y sus relatos, todavía están vivas algunas utopías, y una de ellas consiste en lograr un proyecto de humanidad en convivencia y pleno equilibrio con la naturaleza. Sin duda, esto no es

solamente una utopía, sino también una práctica de vida llevada a cabo por culturas que, en diferentes partes del mundo, sufrieron injustamente las consecuencias de las utopías del progreso. Y hay que tener en cuenta que ninguna de estas culturas ha puesto en peligro la supervivencia de la especie humana, en su *hacer-se* y *entretejer-se* con el mundo, como sí lo han hecho otras culturas utópicas desde Occidente.

Necesitamos utopías que no se vuelvan cómplices o herramientas del poder.

El arte agroecológico representa la utopía de las utopías, a la humanidad en pleno desarrollo y en perfecta armonía con su medio ambiente, con la capacidad de comer, vestir, habitar y cubrir el resto de sus necesidades vitales sin dañar los delicados equilibrios ecológicos. Toda utopía tiene un arte que la representa y difunde, y creemos que el arte agroecológico tendrá un lugar importante en la reinvención y reconstrucción del mundo: le corresponderá reimaginar las relaciones de la humanidad con su entorno; se dedicará a dibujar el debido equilibrio entre humanos y más que humanos. Quizá, en el arte agroecológico, el estatuto de *obra terminada* pierda importancia para comenzar a valorar la belleza de *los procesos*, que son la médula de las obras, sobre todo de aquellas que se encaminan hacia la *coexistencia*, la *cocreación* y la *coimaginación*.



Comunidad

La comunidad, lejos de la idea romántica que suele difundirse, también incluye, y quizá necesita, esa fricción causada por símbolos comunes pero de significados diversos.

Puede ser tan grande o pequeña como deseemos percibirla; puede ser la comunidad familiar, mi colonia, mi sitio de trabajo, mi país o el planeta entero. ¿Cómo definirla si puede ser tantas cosas a la vez? Comenzaremos desde lo inmediato, lo necesario.

La posibilidad de lograr cambios en un entorno social, o bien la adquisición de resiliencia colectiva ante situaciones difíciles, reside en la capacidad de aprender a trabajar en equipo, y para ello entran en juego varios factores. Para empezar hay que tener claros los objetivos que se quieren lograr, aprender a dialogar, escuchar con tolerancia sin buscar protagonismos, darse tiempo para participar, investigar, compartir y aprender. Además, es muy importante que exista un sentimiento de empatía e interés hacia los otros y con los objetivos planteados. Esto ayudará a resolver diferencias o desacuerdos que pudieran generar rupturas. Es complicado, pero no imposible. Ahora bien, ¿es imprescindible que un grupo se piense a sí mismo como comunidad para activar estos procesos de intercambio y colaboración?

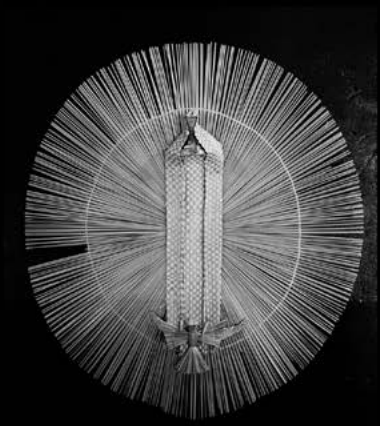
Es verdad que una comunidad es un conjunto de seres, humanos o no, que comparten *algo en común*. Pero quizá vale la pena precisar un poco mejor qué entendemos como *lo común*, al menos en el caso de comunidades humanas. Una perspectiva posible es que aquello que nos constituye como comunidad son los símbolos que compartimos. El maíz, además de ser un cultivo originado en Mesoamérica, es un símbolo comunitario. Tortillas, tamales, atole y demás preparaciones a base de maíz son símbolos culinarios que también nos identifican como comunidad. Sin embargo, es importante recalcar que esta visión de la comunidad implica que compartimos símbolos, pero no

necesariamente sus significados. Lo que el maíz significa para mí, para ti o para otros miembros de nuestra comunidad es, por fuerza, distinto e incluso puede llegar a ser discordante. Así, la separación entre símbolo y significado da pie a una noción de comunidad basada en relaciones de intercambio no siempre armoniosas. La comunidad, lejos de la idea romántica que suele difundirse, también incluye, y quizá necesita, esa fricción causada por símbolos comunes pero de significados diversos. Así, la comunidad basada en el intercambio simbólico da pie a la diversidad, al desacuerdo, a la pluralidad de visiones sobre las mismas cosas. Cabría pensar, además, que los símbolos compartidos por una comunidad, en torno a los cuales establece acuerdos y conflictos, también forman una frontera que la divide y distingue. Estamos unidos y nos diferenciamos de *otros* por fronteras simbólicas, por significantes cuya percepción no produce significados más allá de un ámbito determinado. De este modo, podemos definir a la comunidad: una formación enteramente ligada a su contexto. No en vano, el pensador mixe Floriberto Díaz identifica como elemento primordial de la comunalidad a la *Tierra*, como madre y como territorio. Todo aquello que florece en un tiempo y lugar determinado se convierte en símbolo que congrega y detona la creación de significaciones que difícilmente tendrían sentido en territorios lejanos. Sin embargo, el reto de un tiempo en que los territorios y, por ende, las comunidades se interconectan de formas cada vez más intensas es el de no convertir a los símbolos en identidades solidificadas, en límites excluyentes que impidan la empatía y la solidaridad con comunidades lejanas cuyos símbolos no acabamos de comprender.





Christopher Aquino







Así, si volvemos a la idea de que la comunidad se origina a partir de aquello que tenemos en común, entonces el sentido de comunidad se podría extender no nada más a otras personas, sino también a otras especies y al mundo físico. Ése también es el reto que enfrentamos en un mundo que se rompe aceleradamente: hacer comunidad con la planta, el río, el bosque, la montaña y los animales que la habitan.

La comunidad, entendida como un proceso de interacción integral, nos congrega a quienes la integramos cuando empleamos el sentido y el bien común como principios rectores éticos y estéticos, como articuladores situados, necesariamente interrelacionados con el mundo físico, biológico y social.



Comunicación interespecies

Las dosis y los umbrales son señales que recorren la red de vida y muerte de la que formamos parte junto con otros seres.

A manera de decálogo:

1. Comunicación es dejar que sucedan los tactos.

2. Comunicación es ser, estar y ensoñar con plantas, animales, piedras, tierra, agua, hongos, microorganismos, *la otredad*...

3. Les y nos invitamos a respetar los procesos de las plantas y los animales. Invitamos a repensar estos procesos como formas de comunicación interespecies.

4. Comunicación es zumbar para encontrar el néctar en las flores, pero también es florecer; es devenir una concavidad que acoge a los *otros*.

5. Comunicar es generar semillas que se dispersarán y florecerán para acoger otras vibraciones.

6. Somos esporas de estrellas buscando dialogar.

7. Comunicar es peregrinar y ofrendar.

8. Algo que hemos aprendido en la comunicación entre humanos y no humanos es el compartir tiempo y espacio. Y ahora el *ayudar* se traducirá en un *dejar suceder* para no intervenir en las *relaciones-simbiosis* de la intemperie.

9. Esta simbiosis nos ancla con la tierra. Nos compenetra con insectos, animales, plantas, piedras, y también gracias a éstos accedemos a lo ancestral. Los otros, las otras especies, son *objetos llave*. Cada ser es un portal.

10. Una flor es una sustancia y en ella cabe todo: el viento, el agua, la belleza. Si necesitas un respiro, habla con ellas.

Pero, ¿cómo nos comunicamos con otras especies? Comunicar es *ser adaptado a*...

En el campo todo se ve, nada está oculto, incluso se huele la muerte: la comunicación es dejar que sucedan los paisajes de la piel, los encuentros presentes, futuros y pasados. Lo que nos cura también nos mata. Las dosis y los umbrales son señales que recorren la red de vida y muerte de la que formamos parte junto con otros seres. Conocer esas señales también integra la comunicación interespecies.

Debemos repensar el asunto *vivienda*, reubicar nuestra incompletud e interdependencia con todos los seres y entidades al momento de construir espacios habitables. Recordemos que no hay manera de construir sin deforestar relaciones.

La milpa es un espacio de diálogo con otras especies además de las vegetales. Trabajar con la milpa nos enlaza al territorio, nos hace entablar una comunicación cuando nos damos cuenta de la existencia de los demás seres y dejamos que la vida suceda. Nos vincula con otros ritmos, con la memoria del territorio y no sólo

con la memoria o recuerdo de lo humano.

Comunicación interespecies es no insistir en arqueologías humanas.

En el mundo otomí, el mundo de la noche, la oscuridad hace que los cuerpos pierdan sus límites y generen caos. Entonces se extienden nuestros cuerpos, encarnamos otra comunicación. En el mundo amazónico, las plantas depositan el conocimiento en los humanos sólo cuando encarnamos su esencia y esta transmisión de conocimiento sucede en los sueños.

Las encarnamos cuando nos bañamos con ellas, cuando las bebemos, las comemos, las sembramos y las cobijamos. El sueño, por tanto, es una experiencia de ánimo interspecie. Es nuestro mediador, en tanto que no es racional, y la noche es el punto de encuentro de este diálogo. A veces, las plantas llegan a despertar nuestros miedos atávicos, simbolizados por la presencia de arañas o serpientes. En la noche se pierde el cuerpo y por tanto los límites de su percepción subjetiva. El sueño es el tiempo fuera del cuerpo, cuando se puede ser parte de otros cuerpos, otras especies y sustancias.

Una planta puede generar veneno cuando un venado la mastica. Con el veneno comunica su ánimo de preservación, reclama su tiempo y espacio, y entonces el venado se aleja al sentir el mensaje. Hay comunicación entre especies pero no toda es tan sutil: la supervivencia también generará fricciones. Sin embargo, hay que cambiar nuestra forma de nombrar. Dejar de decir “mala hierba”, por ejemplo, para llamar en cambio “plantas silvestres” a aquellas que se protegen produciendo veneno, y así abrirnos a reconocer su importancia y riqueza en el ecosistema, es decir, su capacidad

de entablar relaciones.

Reconocer la propia inteligencia emocional puede ser una vía para el diálogo con otras especies. Se ha intentado entender a la inteligencia animal desde nuestra inteligencia humana, pero es importante hacerlo desde el propio cuerpo del animal. Cada animal es inteligente en sus propios términos, términos *otros* que resuenan con cada mundo perceptual. Así, el mundo de la garrapata no es el mundo del lobo y por ello sus inteligencias son diferentes.

Hay que olvidar el lenguaje para generar otras formas de comunicación.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Dr. Gustavo Pacheco López
Rector General

Dra. Esthela Irene Sotelo Núñez
Secretaria General

Dr. Alfonso Mauricio Sales Cruz
Rector General de la Unidad Cuajimalpa

Dra. María de Lourdes Delgado Núñez
Secretaria General de la Unidad Cuajimalpa

Dra. María Dayanira I. García Toledo
Coordinadora de Cultura

Mtra. Isela Xospa Cruz
Jefa de Proyecto Editorial















Christopher Aquino

Los coordinadores de este libro desean reconocer y agradecer el apoyo de las instituciones que hicieron posible su primera versión digital: el Programa Arte, Ciencia y Tecnologías de la UNAM, auspiciado por el Instituto de Astronomía de la misma universidad, así como el Taller La Colmena, acogido en su momento por la Facultad de Arte y Diseño de la UNAM.











Este libro fue sembrado y cultivado por muchas manos y corazones. ¡Que florezcan miles de agroecologías!

Esta obra terminó de imprimirse en octubre de 2026 en los talleres de Offset Rebosan. El tiraje consta de 1000 ejemplares impresos sobre bond de 105 g. Para su formación se utilizaron las familias tipográficas Aaux Pro, Amarante y Antonio diseñadas por Neil Summerour, Karolina Lach y Vernon Adams, respectivamente.



Octavio Moctezuma

ISBN 978-607-28-3838-3
9 786072 838383

Este libro, escrito por muchas manos y corazones, quiere trazar un primer esbozo de la enorme constelación de agroecologías que nos son próximas, su importancia en nuestras vidas y sus entrecruzamientos con las artes. Un grupo de personas de muy distintas procedencias nos reunimos virtualmente, en plena pandemia de covid-19, para dialogar, sentir, pensar y escribir juntas. Esta publicación da cuenta de ese proceso, y ofrece varios puntos de partida, como los feminismos, las tecnologías, los saberes, la salud, el tiempo, el agua o la comunicación interespecies, para explorar las agroecologías desde el arte o las artes desde la agroecología. La agroecología no se encierra en una definición, sino que habrá tantas agroecologías como territorios, comunidades, ecosistemas y movimientos existan. Activa sinergias localizadas, nodos que pretenden desplazar el centro jerárquico que organiza nuestra relación con el mundo al compartimentarlo bajo una visión extractiva y utilitaria. Así, las agroecologías se dirigen hacia la integración global de la complejidad en redes de reciprocidad, respeto y cuidado de la vida. Este testimonio de escritura colectiva, coordinado desde el programa Arte, Ciencia y Tecnologías (ACT-UNAM) y el Taller La Colmena de la Facultad de Artes y Diseño (FAD-UNAM), hoy editado por la UAM Cuajimalpa, quiere ser una invitación a imaginar otras formas de relacionarnos con el mundo para tramar redes de *cultura* y agri*cultura* más sensibles y justas.

Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
METROPOLITANA